

# La apuesta de Michel Foucault. Innovaciones epistemológicas para su posible uso en la teoría social\*

Mario DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ-PINILLA

*Universidad Complutense de Madrid, España*

[mariodos@cps.ucm.es](mailto:mariodos@cps.ucm.es)

David J. DOMÍNGUEZ

*Universidad Complutense de Madrid, España*

[dadomi01@ucm.es](mailto:dadomi01@ucm.es)

## 1. Introducción

En la vorágine de libros e intervenciones suscitada por el trabajo de Michel Foucault, cada vez es más frecuente distinguir dos formas de lectura e interpretación. La primera estriba en realizar una lectura centrada en la hermenéutica de su obra, contemplando esta misma como un *corpus* textual, un espacio cerrado en el que el intérprete procede a la exhumación de los restos a partir del análisis de las inflexiones y continuidades que recorren su obra. La segunda, en cambio, concede una prioridad a sus trabajos en tanto que obra en proceso y subraya una aproximación en forma de *techné* o caja de herramientas, susceptible de problematizarse y aplicarse con relación a contextos y conflictos que no habían sido previstos inicialmente por Foucault. En pocas palabras, *corpus* textual o caja de herramientas.

Nuestro cometido en este artículo se decanta más bien por el segundo objetivo. Se trata de seguir los procedimientos utilizados por Foucault para formular preguntas, establecer problemas, desmarcarse de la herencia recibida, enlazar sus preguntas con el pre-

---

\* Mario Domínguez Sánchez-Pinilla y David J. Domínguez forman parte de la investigación “La contemporaneidad clásica y su dislocación: de Weber a Foucault” (Ref. PID2020-113413RB-C31) dentro del proyecto coordinado I+D+i Plan Nacional del Ministerio de Ciencia e Innovación: “Historia conceptual de la contemporaneidad” (IPs: José Luis Villacañas Berlanga y Rodrigo Castro Orellana).

### Cómo citar:

Domínguez, Mario y David J. Domínguez (2022). La apuesta de Michel Foucault. Innovaciones epistemológicas para su posible uso en la teoría social. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 22(2), r2204.

sente y desentrañar las condiciones de posibilidad de un análisis; en fin, para *problematizar*, formular objetivos, métodos y procedimientos de investigación que vayan más allá de lo sugerido inicialmente por el propio Foucault.

Esta forma de actuar tuvo en el autor francés no sólo consecuencias gnoseológicas y epistemológicas relevantes, algunas de las cuales trataremos de dilucidar, sino que también supuso una clara reorientación en el estatuto del pensador mismo, en concreto al interrogarse sobre la función-autor que el propio Foucault ya había cuestionado a lo largo de sus trabajos. Y esto tiene lugar no sólo cuando lo hace de forma explícita en sus textos dedicados a ello (Foucault, 2010), sino en su propia *praxis* investigadora. En particular, por su atención prestada a las entrevistas y los cursos en el *Collège de France* que nos remiten siempre a una *obra en proceso*, a un laboratorio de ideas ofrecido sin una aparente conclusión, pero que en realidad son inmensamente ricos en cuanto a propósitos e innovaciones<sup>1</sup>. También en ello hay una apuesta por un tipo de intervención intelectual diferente a la que nuestro autor hereda del contexto francés de posguerra, dominado por una idea de *compromiso*. Frente al *intelectual teórico* u *orgánico*, al estilo de Jean-Paul Sartre, que busca experimentar en sí las contradicciones históricas de una época y señalar la dirección a seguir, Foucault contrapone la figura del *intelectual específico*, cuyo criterio se limita a establecer los análisis y las herramientas conceptuales que permitan a los sujetos ser conscientes de los mecanismos de gobierno y dominación menos evidentes de los que son objeto<sup>2</sup>. Esto sugiere que, para Foucault, no se trata en ningún caso de contribuir a la acción política desde la crispación o el ataque frontal al objeto. En la obra foucaultiana no existe la tentativa de postular una crítica disciplinaria de sus objetos: estos últimos (p. ej. las técnicas disciplinarias, el poder de normalización, el gobierno biopolítico, etc.) no son susceptibles de una imputación moral desde la cual se pudiera prescribir el conocimiento exacto de lo que habría que hacer con ellos; por el contrario, se trata de postular un tipo de producción teórica en el que las herramientas conceptuales (dispositivo, gubernamentalidad, biopoder, etc.) permitan generar a su vez dos tipos de efectos: por un lado, la mejora de la descripción teórica de aquellas prácticas que habían sido enmascaradas –política y epistemológicamente hablando– por parte del discurso y la auto-comprensión idealizada de las instituciones; y por otro,

---

1 Según Gilles Deleuze (1987) hay dos clases de textos de Foucault: los que tienen un carácter analítico y los que tienen un carácter diagnóstico. Los textos analíticos proponen un estudio de las regularidades que establece tal o cual proceso, es decir, nos hablan de lo que somos o de lo que fuimos y empezamos ya a dejar de ser, mientras que los textos diagnósticos establecen la actualidad de estos análisis o, si se quiere, su intempestividad o su inactualidad en términos nietzscheanos, esto es, nos plantean lo que estamos empezando a ser. Los libros y los artículos de Foucault pertenecen a la parte analítica de su obra: son la historia de lo que somos o ya no somos. Las entrevistas y los cursos establecen el uso que se puede hacer de esa historia.

2 Sobre este tema es posible recordar las reflexiones de Gilles Deleuze y Michel Foucault a propósito del estatuto de la teoría (y por extrapolación, de la noción de "intelectual") en su conversación intitulada "Un diálogo sobre el poder", así como la entrevista realizada por M. Fontana a Foucault y que llevó por título "Verdad y Poder". En esta última, se expone de manera explícita la contraposición teórica y práctica entre el modelo del "intelectual universal" u "orgánico" y el modelo del "intelectual específico". Véase Michel Foucault (1995: 7-19; 128-145).

la insistencia en la idea de que tales análisis, centrados en las técnicas y las estrategias –sin estrategia– mediante las cuales la dominación se asegura, puedan ser utilizadas como recursos para la acción y la intervención política, permitiendo así a los propios interesados/as desasirse de las acciones y los campos de percepción que estaban implicados en tales prácticas de dominación.

En ese sentido, la teoría foucaultiana no trata de ofrecer un vocabulario ideológico que prescriba qué hacer y cómo hacerlo, sino forjar una “caja de herramientas” mediante la cual se pueda intervenir críticamente sobre el presente, pero no para descifrarlo en su esencia última, sino para otorgar a este último su carácter artificial, esto es, para desnaturalizarlo en su función de “sentido común” y mostrar el carácter culturalmente contingente y arbitrario –y por tanto, transformable– de su formación. Otros autores como Pierre Bourdieu apelan a algo similar cuando insisten en la idea de la “deseufemización” del mundo<sup>3</sup>, en el sentido de plantearse una duda sistémica respecto a los efectos que las percepciones simbólicas tienen sobre la legitimidad naturalizada de las prácticas, o por decirlo en palabras de Foucault, “una reflexión histórica sobre nosotros mismos”. Tales actitudes suponen, en cierto modo, dejar de coincidir inmediatamente (esto es, de manera aporoblemática) con los atributos del presente, así como la necesidad de introducir un vacío con respecto a esta último que nos obliga a pensarnos en tanto que actualidad, de manera que la crítica se convierte en un arma de transformación de aquella (Foucault, 2003). Es decir, preguntarse por el presente para Foucault no es tanto una búsqueda de una identidad esencial que sería la nuestra, sino indagar en su diferencia respecto al pasado y a sí mismo. El diagnóstico es por tanto diferenciante (Foucault, 1969: 223), esto es, crítico en términos de arqueo-genealogía, en la medida en que pretende restituir las condiciones históricas eventuales de emergencia de las positividades actuales (locura, penalidad, etc.), lo cual demuestra que carecen de evidencia por sí mismas.

Sin embargo, demarcar las líneas de acción práctica es un ejercicio que debe estar respaldado por un tipo de actividad teórica que muestre las coordenadas y las condiciones de posibilidad en las que emergen y se constituyen las disposiciones históricas del presente y sus posibilidades. Por eso, consideramos de interés en este artículo indicar los aspectos teóricos que entendemos originales e innovadores por parte de Foucault, y que hacen posible esta forma de actitud crítica consistente en mostrar el carácter contingente y artificial de las disposiciones prácticas y simbólicas en las que vivimos y experimentamos el presente.

En ese sentido, organizaremos la exposición de este artículo en tres epígrafes inspirados en las indagaciones foucaultianas:

---

3 Se trata, en última instancia, de mostrar los condicionamientos, las condiciones sociales posibilitadoras del orden existente, o si se prefiere, de utilizar la competencia lingüística para desajustar la imposición de la forma preestablecida. Véase Bourdieu (1999).

- La disputa por una epistemología plural.
- La búsqueda de factores coadyuvantes, no de mecanismos causales unitarios.
- La consideración de los enunciados como acontecimiento y por ende como rareza histórica, lo cual lleva al estudio de los regímenes de verdad y de la discontinuidad como herramienta epistemológica.

## 2. El fin del positivismo feliz: por una pluralidad explicativa

En este epígrafe trataremos aspectos de la epistemología de nuestro autor que no siempre quedan del todo claros y que, no obstante, se enmarcan en una tradición en cierto modo desconocida y cuyo alcance no siempre se ha especificado, salvo honrosas excepciones<sup>4</sup>. La tradición a la que nos referimos no es otra sino la epistemología histórica de Canguilhem y ciertas derivaciones del movimiento historiográfico de los *Annales*<sup>5</sup>. En principio el proyecto intelectual de Foucault ha sido considerado por sus críticos como multidisciplinar, ajeno en cierto modo a la filosofía o mejor dicho a los aspectos hermenéuticos propios de la filosofía, debido a su aproximación a las ciencias sociales y a la historiografía. Este carácter díscolo, que le llevó a acuñar toda una serie de principios y conceptos ajenos a la tradición filosófica (arqueología, genealogía, etc.) se traduce en una apuesta por una aproximación al territorio de las ciencias sociales e historiográficas, para hacer de la filosofía una renovación de la problematización del presente, siguiendo de manera paradójica con la vertiente kantiana de la indagación filosófica por la actualidad del “nosotros”. Esto le ha permitido adoptar, desde el punto de vista metodológico, una decisión clara: situarse en el plano inmanente de los acontecimientos, lo cual conlleva no obstante toda una serie de presupuestos gnoseológicos que no siempre han sido explicitados. Trataremos de resumirlos sin un carácter de exhaustividad, pero sí lo suficientemente explícito como para indicar los elementos más sobresalientes e influyentes en la manera de conceptualizar a la que nos tiene habituado el pensador francés.

---

4 Véase Vázquez García (1987, 2021).

5 Foucault reconoce que la Escuela de los *Annales* es un movimiento sumamente importante que ha mostrado una nueva forma de ver las cosas, y cita en varias ocasiones a Le Roy Ladurie, Ariès y Mandrou. Le reconoce a la Escuela -y en particular a Marc Bloch y a Fernand Braudel- diferentes méritos como mostrar que además de tener en cuenta los análisis propiamente históricos es preciso servirse de otras herramientas, o de realizar incursiones en otros campos que hasta entonces no habían sido percibidos ni mucho menos considerados como fuentes importantes para la historiografía. También menciona la utilidad de los *Annales* por haber multiplicado las duraciones y redefinido el acontecimiento no como un segmento de tiempo sino como el punto de intersección de duraciones diferentes. Sin embargo, no es menos cierto que Foucault termina por oponer su propio trabajo sobre el archivo a la historia social de las clasificaciones que, a su juicio, caracteriza buena parte de la historiografía francesa desde la década de 1960, y de hecho se acerca más a quienes intentan, en el seno mismo de la Escuela, construir a partir de la década siguiente un nuevo estatus para la historia del acontecimiento. Otro factor de alejamiento estriba en que la Escuela de los *Annales* si bien elabora un tipo de parcelación de los sucesos, no obstante es de tipo continuo. Foucault en su intención por desentrañar capas cada vez más profundas y ocultas, pertenecientes a un posible sistema o incluso a una lógica, afirma que esas formaciones discursivas no deben ser concebidas de manera lineal, continua y coherente como fueron tratadas por la Escuela. En suma, se trata de una relación de reconocimiento pero también de superación. Véase para esta relación Revel (2008), Morey (1983), Eribon (2006), Vázquez García (1987).

Por de pronto, cabe empezar por este principio que subyace a la manera de proceder en las investigaciones de Foucault: el carácter de *inabarcabilidad* de la realidad histórica, la imposibilidad de expresar semánticamente siquiera la totalidad de cualquier acontecimiento. Al igual que otros pensadores<sup>6</sup>, Foucault también concibe el flujo de lo real como algo que no puede ser agotado por el efecto de una teoría. No hay nada en los acontecimientos (tampoco en los documentos) que indique qué parte de ellos debe ser significativo. La decisión al respecto de lo que en las cosas va a ser *representable* (cuantificable, comunicable) es una decisión que no depende de las cosas mismas, sino de los criterios selectivos establecidos previamente por las comunidades de investigadores<sup>7</sup>. Criterios que actúan como un filtro desde el cual aparecerán como “significativas” o “relevantes” ciertas partes de la realidad. Así, desde el punto de vista epistemológico, Foucault parte del supuesto de que los acontecimientos (hechos, fuentes...) no contienen una explicación de sí mismos, es decir, lo dado no alberga su propia clave de inteligibilidad, sino que esta es externa. Los acontecimientos, al igual que las fuentes documentales, siempre se nos presentan fenomenológicamente como materiales o realidades *puntuales* (carecen de dimensión diacrónica, por lo que no ofrece el contexto de lo presentado, con su antes y su después) y *limitadas* (en tanto que son un producto momentáneo sin visión totalizante de la realidad, incapaces de establecer el carácter sincrónico) (Koselleck, 2003: 100-102).

En ese sentido, no es posible confundir teoría con realidad; la primera es solo un modelo de la segunda y por tanto una limitación preestablecida sobre ciertas variables, justamente para ofrecer los nexos de carácter estructural y lograr así un rendimiento explicativo. Esto se puede percibir en Foucault a partir de conceptos híbridos como el de dispositivo<sup>8</sup>, o bien en la concomitancia de diferentes materiales de archivo que, por ejemplo, lleva a la noción de racionalidad punitiva. Quede claro que ambas nociones (dispositivos, racionalidad punitiva) no existen en la realidad, se trata más bien de constructos, de herramientas teóricas producidas deliberadamente en el contexto de la investigación para resolver un cierto problema planteado. En ambos casos, es Foucault quien instala, con sus preguntas y sus herramientas, un modelo de análisis que construye una organización nueva de la observación histórica, ya que produce objetos e informaciones (poder

---

6 Por limitarnos a los clásicos, véase sobre todo Weber ([1904] 2017; [1906] 2006).

7 Sobre este tema se podría rizar el rizo y decir que, al igual que sucede con cualquier tipo de interrelaciones sociales, existen también las del medio científico, insertas en la estructura interna de la ciencia y que no son susceptibles de ser reducidas a otros aspectos. Por ello cabe hablar de grupos de investigación, más aún, de comunidades científicas, que a su vez se encuentran inmersas en condiciones históricas, institucionales, sociopolíticas y socioeconómicas que marcan sus dinámicas. Existe todo un desarrollo de los estudios sociales de la ciencia que aquí nos es imposible siquiera resumir.

8 El dispositivo está compuesto por elementos que pertenecen a lo dicho y lo no dicho, de ahí su carácter híbrido a la par que artificial. En lo dicho se incluye todo lo que se explicita de alguna manera a través de un soporte institucionalizado (leyes, reglamentos, enunciados científicos, etc.); en el orden de lo no dicho hay una heterogeneidad de diversos componentes materiales e inmateriales. La relación entre unos componentes y otros se asemeja a un juego, puesto que existen movimientos, cambios de posición, alteración de funciones. Véase, Foucault (1991a: 128).

de normalización, poder disciplinario, complejo poder-saber, biopolítica) que no podrían “observarse” sin el horizonte de inteligibilidad engendrado por las teorías (Passeron, 1991: 334-348). Si existen, es porque son planos de realidad accesibles a través de las fuentes, pero también son el resultado de una operación teórica que construye sus objetos por medio de la reorganización conceptual de los enunciados de base, al traducir el contenido explícito de las fuentes en datos que son insertados en una problemática que no estaba presente en los enunciados descriptivos de los materiales.

Sirva, pues, como ejemplo lo que Foucault denomina “racionalidades punitivas”. Estas últimas no son objetos directamente aprehensibles en los códigos jurídicos; son entidades teóricas fruto de la reelaboración conceptual que Foucault hace de una gran diversidad de materiales de archivo: reglamentos de prisión, instrucciones escolares, estatutos de fábricas, legislaciones penales, informes sobre inspecciones carcelarias, ordenanzas militares, diagnósticos psiquiátricos, decretos sobre acondicionamientos espaciales, etc. Ninguno de estos materiales, *por sí solo*, ofrece información explícita acerca del cómo y el porqué de las racionalidades punitivas. Y, sin embargo, al hablar de ellos Foucault no ve simplemente una serie de proposiciones referidas a dominios aislados, sino un objeto de análisis construido a partir del supuesto de que tales dominios están atravesados por formas similares de racionalidad. Esto permite sospechar que las diferentes normatividades se hacen conmensurables en un mismo tipo de cálculo o racionalidad, como si el carácter transferible de las técnicas disciplinarias permitiera la síntesis y las transacciones entre los diferentes espacios sobre los cuales actúan dispositivos de poder dispares, como la familia, el sistema judicial, el asilo psiquiátrico, el aparato penitenciario o el complejo tutelar.

Existe por tanto una mediación teórica entre la realidad histórica y el investigador, pero una mediación que no es instrumental o denotativa, como cabría esperar de la imagen positivista de la ciencia, sino de tipo *prefigurativo*. Más que una imagen verbal de una realidad externa y preexistente, la teoría es una construcción que instala un dispositivo de conmensuración de registros y establece convenciones para interpretarlos. Su actividad es proceder al recorte semántico de lo real, instituir un patrón por medio del cual se definen los rasgos pertinentes del análisis, lo que ha de contar como “dato” y su relación con otros “datos”.

A diferencia de la historiografía tradicional de las ideas, en especial la aplicada a la ciencia, Foucault plantea la imposibilidad de establecer una sola lectura de lo real, a modo de una progresión lineal cimentada en la genialidad de unos sujetos o en la acumulación de referentes factuales cuya consideración positivista nos llevase a la conclusión de un progreso natural del conocimiento<sup>9</sup>. Más bien insiste en la necesidad de un

---

<sup>9</sup> El tono condicional y provisorio -implícito, pero presente- en el que se expresa Foucault en *La arqueología del saber* es evidente desde el mismo arranque del libro. Este tono es el que conviene a un texto que halla su espacio de emergencia en una pregunta por la posibilidad: “yo no pretendo aquí transferir a un dominio, que sólo espera esta aclaración, un juego de conceptos, una forma de análisis, una teoría, formados en otro

pluralismo explicativo que defiende maneras diferentes de objetivar e interpretar los acontecimientos a partir de estrategias explicativas igualmente diferentes.

[...] el estudio arqueológico está siempre en plural: se ejerce en una multiplicidad de registros; recorre intersticios y desviaciones, y tiene su dominio allí donde las unidades se yuxtaponen, se separan, fijan sus aristas, se enfrentan, y dibujan entre ellas espacios en blanco. Cuando el estudio arqueológico se dirige a un tipo singular de discurso (el de la psiquiatría en la *Historia de la locura*, o el de la medicina en *El nacimiento de la clínica*), es para establecer por comparación sus límites cronológicos; es también para describir, a la vez que ellos y en correlación con ellos, un campo institucional, un conjunto de acontecimientos, de prácticas (Foucault, 1969: 129).

Se trata, por consiguiente, de visibilizar marcos de imposiciones previos en los que anida una posibilidad objetivadora y a los que cabe considerar, sin embargo, como no equivalentes. No se trata pues de apostar por un relativismo, sino de considerar tres operaciones.

La primera estriba en hacer explícitas las reglas de construcción de los objetos, poniendo en claro los sesgos, las limitaciones y el alcance de los conceptos en su tarea explicativa. Ello supone la necesidad de aceptar una alternativa de posibilidades de explicación sostenidas por diferentes matrices explicativas, puesto que su validez no radica en los objetos mismos (los acontecimientos, los materiales) sino en la "semántica diferencial" que cada una de las teorías propone<sup>10</sup>. Lo denominamos "semántica diferencial" por la manera en que logra establecer diferencias internas en el campo de lo representado, al introducir en ese campo una indexación dada, un sistema de relaciones específicas que genera esas diferencias, y en segundo lugar, por la forma en que tales diferencias internas se traducen en la posibilidad de una pluralidad de teorías, ninguna de las cuales agota la comprensión de lo real. En ese sentido, la matriz teórica funciona como un lenguaje dado *ante rem*, un conjunto, más o menos articulado, de decisiones fundantes que no son el resultado de una comprobación empírica, sino que se proponen como principios cuya articulación está inserta en una red plausible de explicaciones; de ahí la pertinencia al hablar de procesos de objetivación y no de objetividad a secas. Si insistimos en esto, no es porque se niega la existencia de esta última, al menos en un sentido epistemológico, sino porque tal y como podría deducirse de Foucault, la objetividad deja de quedar reducida a una exterioridad dada. Por el contrario, se convierte en un constructo, al que sólo es posible acceder a través de una "semántica" previa que confiere a la realidad, en su acto de conocer, lo que en ella hay de significativo e inteligible. En

---

lugar; no pretendo utilizar un modelo aplicándolo, con la eficacia que le es propia, a contenidos nuevos. Y no es que quiera discutir el valor de semejante modelo, ni que quiera aun antes de haberlo experimentado, limitar su alcance e indicar imperiosamente el umbral que no debería franquear. Pero sí quisiera hacer aparecer una posibilidad descriptiva, esbozar el dominio de que es susceptible, definir sus límites y su autonomía. Esta posibilidad descriptiva se articula sobre otras, pero no deriva de ellas" (Foucault, 1969: 89).

<sup>10</sup> La pluralidad explicativa bajo la fórmula arqueológica no tiene un efecto unificador, sino multiplicador. Véase Foucault (1969: 131).

suma, dicha semántica diferencial supone estructurar relaciones internamente coherentes (que tienen un carácter de exhaustividad, establecen relaciones entre los elementos y buscan la contradicción), conformándolas según esquemas de inteligibilidad histórica que pueden ser lógicamente compatibles con los modos de operar y significar de otras semánticas. Ello permitiría aceptar y operar con explicaciones (sociológicas, historiográficas) distintas sobre acontecimientos paralelos e incluso semejantes sin que sea necesario buscar una unicidad del paradigma social-historiográfico como elemento exclusivo que rendiría cuentas de la objetividad de tales explicaciones.

En segundo lugar, si bien Foucault no utiliza la terminología habitual de las ciencias sociales que suscribe la distancia entre objetivación y objetividad, es razonable considerar que su trabajo epistemológico sí tiene un carácter objetivante. Cabe considerarlo así, básicamente, porque al tratar de perfilar las epistemes (luego lo hará con los dispositivos o las prácticas) busca fijar los criterios de verdad y veridicción dentro de esos denominados "suelos de pensamiento" o "condiciones de posibilidad del saber". Así, al establecer los isomorfismos de ciencias tan distantes y dispares como las ciencias naturales, la lingüística y la economía, y sus cambios paulatinos y sincrónicos en diferentes epistemes logra el efecto mismo de la objetivación científica, que es transformar la observación espontánea del flujo de los hechos, en una explicación plausible y demostrable que no habría podido observarse sin la existencia de esas fórmulas previas de codificación. El mismo efecto de objetivación cabe encontrarlo en sus análisis de los enunciados de las diferentes ciencias, al decantarse no tanto por cualquier tipo de discurso (*doxa*) sino por aquellos enunciados con intención de verdad (volveremos luego sobre ello).

En tercer lugar, y para evitar el relativismo del "todo vale"<sup>11</sup>, cabe insistir en que es posible hallar en Foucault una fertilidad diferencial de las diversas matrices conceptuales, sobre todo si se compara el caso de la historiografía tradicional de las ciencias frente al ejercicio de la arqueogenealogía. Él mismo señala cuatro consecuencias de esta nueva disposición tal y como la efectúa en la historia de las ciencias: la multiplicación de las rupturas (evitando las formas vacías que imponen una unidad artificial, por ejemplo, la noción de época o estilo), la nueva importancia de la noción de discontinuidad (evitando la visión continuista, acumulativa y progresiva del desarrollo científico), la imposibilidad de una historia global (frente a la afirmación de una historia general)<sup>12</sup> y la aparición de

---

11 No estamos de acuerdo con Hayden White, para quien todas las formas de hacer historiografía son equivalentes. A su juicio, la única razón para preferir un modelo sobre otro reposa en motivos de índole estética o moral. Es verdad, como dice, que las disputas de interpretación no pueden dirimirse por medio de la apelación a referentes factuales. Pero de esto no se deriva la imposibilidad de hablar de teorías o programas más fértiles que otros. Recuérdense las provocadoras declaraciones de White: "La decisión del historiador convencional de aceptar las declaraciones de intención consciente de los agentes históricos por su valor declarado no es ni más ni menos legítima que la decisión del determinista materialista de reducir la intención consciente a la calidad de efecto de una causa psicofísica más profunda (...) Cuando se trata de elegir entre esas visiones alternativas de la historia, las únicas bases para preferir una a la otra son morales o estéticas" (White, 1992: 408, 411).

12 Por ejemplo, la historia de la penalidad en el siglo XIX no forma parte de la historia global de las ideas morales, sino de una historia general del cuerpo. Frente a la humanización de las penas, que sugiere una

nuevos problemas metodológicos (la constitución de un corpus coherente, la determinación del principio de selección, la definición del nivel de análisis, la delimitación de conjuntos articulados, el establecimiento de las relaciones entre ellos, problemas que convergen en torno a las formaciones discursivas). En otras palabras, la arqueo-genealogía ha permitido resignificar ciertos hechos como teóricamente relevantes y que habían pasado del todo desapercibidos (o incluso disueltos) en el flujo de los acontecimientos de la historia de las ciencias. Asimismo, ha renovado los cuestionarios y la manera en que el estudio se aproxima a los acontecimientos y las prácticas, y por lo mismo ha establecido formas novedosas de visibilidad histórica capaces de descubrir fenómenos ahí donde antes únicamente se percibían elementos dispersos.

De igual modo ha generado un plus de reflexividad que permite no sólo hacer explícitos sus supuestos, sino incluso comprobar el éxito o fracaso de otras historiografías tradicionales, mostrando tanto el alcance de sus propias conceptualizaciones como las de otras en disputa, desnaturalizando el conjunto de naturalizaciones implícitas en las investigaciones anteriores y mostrándolas en su propia historicidad, asimilada en gran medida al designio del humanismo.

Sirva pues como ilustración el modo en que Foucault, en su discusión con la historiografía convencional de la ciencia, cuestiona los conceptos implícitos y nunca explicados que aquella maneja como los de autor, disciplina, obra, archivo, etc., y cuáles son sus resultados. Una historia tradicional de la ciencia progresiva, continua, acumulativa, sin relación alguna con el entorno, y que no obstante conoce un origen mítico vinculado sobre todo con una genialidad fundante pero explicada de forma subjetivista y percibida como intencional por los sujetos coetáneos. Así, por ejemplo, la historia de la psiquiatría aparece, bajo este prisma de la historia tradicional de la ciencia, como un arco humanizante de saberes y prácticas simbolizado por la liberación de los locos de sus cadenas en *Bicêtre*, y que tendría como resultado “necesario” (y deseable) su práctica nosológica y terapéutica actual. Frente a ello, los conceptos reflexivos de la arqueo-genealogía, al igual que otros autores como Canguilhem o Bachelard, sugieren modelos diferentes que implican una discontinuidad de la ciencia misma, balizada por acontecimientos que son conscientemente contruidos por el historiador (y no por “la historia misma” tal y como ha sido experimentada por sus sujetos), de manera que con ello se calculan sus efectos y se proponen de paso cuáles serían los posibles registros de cambios de los conceptos sugeridos.

En suma, para Foucault los logros de la innovación metodológica de la arqueo-genealogía en el campo de la historia, son claros y reconoce como precursor a Marx en todo

---

historia moral, lo que se concluye en Foucault (1975) es que la conversión del sistema punitivo en el sistema carcelario no busca sólo la sustitución del suplicio por la prisión, sino más bien la sustitución del cuerpo marcado por el cuerpo disciplinado, cuyo tiempo es medido y cuyas fuerzas están ordenadas en torno al trabajo. Es así como “la forma-prisión corresponde a la forma-salario del trabajo”. La historia conduce en Foucault a una comprensión que cada vez será más *biopolítica* en el sentido en que le interesa comprender cómo el cuerpo se ve marcado por el poder.

ello: liberarse de la filosofía de la historia y de las cuestiones que esta planteaba, por ejemplo la búsqueda de lo primigenio, la racionalidad de la teleología del devenir o la constitución de un sentido a la inercia del pasado. También porque aquella (la arqueogenealogía) reproduce, en algunos de sus puntos, problemas que se encuentran fuera del dominio histórico, por ejemplo en la economía, la lingüística, la etnología, lo cual permite una fertilidad cruzada de diferentes disciplinas. Además, porque hace explícitos sus criterios, de ahí la extensa explicación metodológica sobre la materialidad de los enunciados, el concepto de formaciones discursivas y cómo tratar ambos. Y en última instancia, “en cuanto al beneficio mayor”, trata de ser una respuesta a las historiografías tradicionales cuyo objetivo “consiste, como es natural, en disfrazar la crisis en que nos hallamos desde hace largo tiempo y cuya amplitud va en aumento: crisis en la que interviene esa reflexión trascendental a la que se ha identificado la filosofía desde Kant” (Foucault, 1969: 165): pensarnos como sujetos en la historia. Dicho en otros términos, al eliminar como criterio explicativo último el sujeto del humanismo (el modelo de agencia social predominante en las explicaciones historicistas), una figura que funciona como *explanans* y que él mismo no es explicado, se logra según Foucault un campo de posibles explicaciones no exploradas hasta entonces, lo que permite aflorar paradójicamente nuestra condición de sujetos históricos.

### **3. La búsqueda de factores coadyuvantes, no de mecanismos causales unitarios**

Como consecuencia metodológica de lo anterior se transforma la noción de causalidad aplicable a las ciencias sociales al menos en varios planos.

**3.1.** En lo que se refiere al plano de la ilación lógica entre variables, para Foucault no existen mecanismos causales unitarios que generen de una vez por todas una causa única y suficiente, un *explanans* que vendría a funcionar como una instancia última explicativa de todo lo aparecido en términos fenomenológicos. Más bien, la estrategia consiste en lo contrario: en primer lugar, hay que analizar los modos en que anteriormente se establecían relaciones espontáneas entre los fenómenos coetáneos, luego se trata de descomponer tales interacciones calculando las modelizaciones implícitas y espurias que se han producido entre ellas, así como el sistema de jerarquías implícito que procede de las mismas. Y, por último, hay que recomponer las modelizaciones e integrarlas en una matriz teórica capaz de generar posibilidades de interacción causal no experimentadas por los sujetos nativos<sup>13</sup>.

---

13 Obviamente esta secuencia de procedimientos resulta de nuestra interpretación. La secuencia que se puede observar en *La arqueología del saber* está expresada con otra terminología, pero creemos que es concomitante. La primera etapa es una fase negativa en la que se ponen entre paréntesis los conceptos aporéticos utilizados por la historia tradicional de las ideas. La segunda etapa consiste en la construcción de los enunciados planteados como acontecimientos discursivos y su rareza. Por fin, la tercera etapa incide en el proyecto de una descripción de los hechos discursivos como horizonte para la investigación de las unidades que estos conforman, y lo que Foucault propone al respecto es seguir la secuencia que estudia los criterios de formación (definir el juego de reglas que permiten individualizar una

Pero también, en el caso foucaultiano, cabe subrayar un interés explícito por mantener un carácter coadyuvante de las variables, lo que se traduce en un tipo de modelización multivariable, abierto a diversas experimentaciones, reflexivo y autoconsciente. Con ello se evita el hecho de privilegiar un factor único de explicación, un vector de transformación que él mismo no se transforma ni sufre devenir alguno. Se cuestiona por tanto cualquier pretensión que aspire a la originariedad lógica de unas variables sobre otras. Un ejemplo de ello lo encontramos en el origen de la prisión penal moderna: esta última no proviene de un único factor como pueda ser la transformación del mercado laboral (Rusche y Kirchheimer, [1939] 1984), ni tampoco de un cambio en el orden de las mentalidades, o de una transformación jurídica que siguiera los pasos de los derechos y la humanización de las penas. Al contrario, la prisión procede de un espectro múltiple de factores, entre los cuales cabe citar los anteriores, pero también otros como la generalización, en los siglos XVII y XVIII, de la práctica del encierro en diversas instituciones, la extensión de ciertas prácticas pedagógicas, el desarrollo de sistemas disciplinarios que se implementan en instituciones de índole diversa, el temor a las rebeliones populares ante los espectáculos patibularios, la necesidad de reprimir los ilegalismos populares ante la proliferación de las nuevas formas capitalistas de riqueza material, así como la necesidad de satisfacer un deseo creciente de seguridad ciudadana ante el enemigo social de la delincuencia, junto a minúsculas modificaciones como la elaboración de fichas carcelarias u otras. Todo ello nos dibuja un escenario dominado por la multiplicidad de variables y de series heterogéneas de factores que aboca a la imposibilidad de señalar un único vector que explique la emergencia de una economía punitiva basada en el sistema carcelario.

Si aceptamos este tipo de causalidad múltiple por de pronto habría que indicar que no se puede apelar a causas transhistóricas (capitalismo, patriarcado, racionalización, progreso, etc.) que permanecerían ellas mismas al margen de la historia y por tanto no transformadas, a modo de vectores que vendrían a motivar cambios a todos los niveles de la sociedad. Se trata, por el contrario, de reconstruir el cúmulo de circunstancias plurales (e inagotables, desde el punto de vista epistemológico) dentro de las cuales resulta aceptable o verosímil entender que pudo surgir determinado enunciado o acontecimiento, sin entender que tales circunstancias estaban conectadas entre sí, o que derivaban de un mismo principio evolutivo o una misma temporalidad. Hablamos de cúmulos fortuitos de circunstancias que hicieron posible la emergencia de unos factores y quizá impidieron el despliegue de otros, interrelaciones inusitadas de vectores ya existentes que los potenciaron o destruyeron. En suma, la existencia de un "poliedro de inteligibilidad" (Foucault, 1980: 45) forzosamente inacabado, y cuyo número de caras no está de-

---

formación discursiva), los criterios de transformación (definir las condiciones precisas que permiten establecer las reglas y fijar umbrales de su transformación) y por último los criterios de correlación (la autonomía de cada formación discursiva respecto del contexto no-discursivo donde opera).

finido de antemano y al que nunca se le puede considerar del todo agotado pues las maneras de objetivar lo real son indefinidas ellas mismas<sup>14</sup>.

**3.2.** En consonancia con lo que se refiere a la idea misma de causación (qué significar “causar”), cabe plantear que el enfoque foucaultiano, como el de otros autores en el ámbito de las ciencias sociales e históricas, cuestiona la noción misma de causa como elemento inserto en lo real. En efecto, si de acuerdo con lo que se ha sostenido no hay modo de establecer de antemano qué es lo que debe contar como “dato”, ya que la práctica investigadora tiene lugar dentro de marcos de imposiciones previos, de modelos, propósitos y significados mediante los cuales se predispone la actividad objetivante, entonces tampoco cabe suponer causas, conexiones o agrupaciones que emanarían de las cosas mismas.

Por supuesto ello no significa la ausencia de “causas” en sentido epistemológico, sino que se cuestiona la existencia de un modo único de objetivación en el que la totalidad de lo real quedara aprehendida por una matriz teórica establecida de una manera a la vez significativa e imparcial. Por el contrario, lo que se deduce a partir de Foucault es que dicha matriz funciona como un filtro gnoseológico que sólo permitiría contemplar ciertos elementos objetivados, así como la probable secuenciación de su aparición. En ese sentido, Foucault sugiere adoptar la cautela de que la investigación indague en la constitución misma de esos marcos de imposición previos, no porque sean inválidos en sí mismos, sino porque establecen una elección, una apuesta intelectual, un recorte semántico de lo real, que no siempre ha sido explicitado, ni a partir del cual se han calculado sus efectos gnoseológicos<sup>15</sup>. Así, para evitar los efectos implícitos (y precisamente por eso, incontrolados) que siempre conlleva la carga teórica en toda investigación, se hace necesario una “vigilancia epistemológica” sobre cada una de las elecciones (de marcos explicativos, de taxonomías, de conceptos, etc.) llevadas a cabo en dicho proceder, de modo que tales herramientas gnoseológicas no sean naturalizadas como aspectos de lo real.

---

14 Sobre la idea de desmultiplicación causal, véase Foucault (1980: 43-46). También, en el mismo sentido el artículo en este monográfico de Francisco Vázquez García (2022).

15 En cierto modo, esto es lo que Foucault hace con lo que denomina historia tradicional de las ideas: “En la medida en que se trata de definir un método de análisis histórico que esté liberado del tema antropológico, vemos que la teoría que esbozaremos ahora [en *La arqueología del saber*] se encuentra en una doble relación con las investigaciones anteriores. Ella trata de formular, en términos generales (y no sin muchas rectificaciones, no sin muchas elaboraciones), los instrumentos que estas investigaciones han utilizado mientras se encaminaban o han forjado según las necesidades. Pero, por otra parte, ella se fortalece de los resultados obtenidos entonces para definir un método de análisis que esté purificado de todo antropologismo” (1969: 16).

De nuevo se trata de evitar la confusión, tan típica en estos debates<sup>16</sup>, entre la teoría (en donde se pueden establecer posibilidades de explicación causal) y la realidad. Lo que nuestro autor dice, o al menos insinúa, es que las explicaciones sólo tienen sentido en el interior de un marco que ha dispuesto esas redes de inteligibilidad previa y que convierte a dichas causas en entidades operativas, susceptibles de acuñar taxonomías, de generar agrupaciones y de formular correlaciones que aparecen a la vez como plausibles y necesarias.

Las consecuencias de esto no se hacen esperar: si se sostiene, como aquí se ha hecho, que la teoría no es un simple dispositivo de representación (si no es, en definitiva, una herramienta que sirve para comunicar lo que la realidad es *de suyo*, sino un organizador conceptual de esta), entonces el significado que los investigadores imputan a los hechos no deriva de los hechos mismos sino que más bien es un efecto de la mediación establecida por la matriz teórica, ya que tales explicaciones presuponen la objetivación de esos hechos según una estructura conceptual previa (hipótesis, metodologías, técnicas) que no deriva de los hechos mismos y que a su vez ha configurado tanto la naturaleza del dominio de objetos a investigar como los fenómenos mismos de causación, e incluso también las relaciones con otras disciplinas y otros campos de investigación.

De esa manera, llegaríamos a dilucidar un carácter autoreferencial de las herramientas epistemológicas que no se restringen al plano de sus aplicaciones, sino que ellas mismas construyen los elementos que lo constituyen. Bien es cierto que tales herramientas son difíciles de aprehender, que no funcionan como principios o leyes, sino como prescripciones metodológicas, como recursos para la investigación que son a la vez analizados y transformables ellos mismos. De ahí que, por ejemplo, la historia de la discontinuidad no está adquirida de una vez para siempre; ella misma es discontinua y aparece con un papel triple: es una operación deliberada del historiador, a la vez es también el resultado de su descripción, y, en fin, adopta una forma y una función específicas según el dominio y el nivel en que se la sitúa (Foucault, 1969: 10-12). En última instancia, lo que aquí queremos expresar es que la relación que se produce entre los "datos" y las "matrices

---

16 En el caso de Foucault podemos encontrar varios ejemplos de cómo evitar esta confusión. Frente a la noción de la locura como una esencia de carácter universal y transhistórico ("siempre ha habido locura, lo único que cambia es su tratamiento y consideración"), Foucault asevera no sólo la existencia de prácticas distintas sino de la noción misma de locura, hasta el punto de considerarla como una "invención reciente", al menos entendida como enfermedad. Más aún, fue la práctica y el conocimiento psiquiátricos los que se han construido a partir de esa caracterización a la par que la establecían, siendo a la vez causa y consecuencia de la locura misma. Por su parte, en el caso de Max Weber, la confusión entre teoría y realidad se percibe cuando de manera errónea se le atribuye la tesis de que la causa del capitalismo es la Reforma protestante, mientras que en realidad Weber no estudia ni el capitalismo *en general* ni el protestantismo *en general*, sino la conexión causal existente entre tipos ideales previamente categorizados como el "espíritu capitalista" y el "ethos puritano". En ese sentido, Weber evita explícitamente este tipo de confusiones. La ciencia, a su juicio, no describe las "conexiones reales entre las cosas", sino las "conexiones ideales de los problemas", lo cual es tanto como admitir, a fin de cuentas, que ningún análisis científico "objetivo" de la vida cultural o de los "fenómenos sociales" es independiente de los marcos de imposición previos establecidos por las teorías. Son las teorías, entendidas a la manera weberiana, esto es, como "puntos de vista especiales" y "unilaterales", las que funcionan como un filtro de acuerdo con el cual los fenómenos son seleccionados, analizados y organizados como objetivos de investigación. Véanse, Weber ([1904] 2017; [1906] 2006). Y por último, las reflexiones de Ruano de la Fuente (1992: 272-274).

teóricas” tiene siempre un carácter dialéctico que se expresa en la práctica investigadora como una serie de procesos de retroalimentación que van del orden de lo empírico a lo teórico y viceversa, de modo que sólo en la reflexión analítica se fijan sus distancias. En ese sentido, el propósito de la práctica teórica nunca se identifica con el estudio de una realidad “en sí”; más bien, se trata del análisis de un objeto teóricamente definido, lo cual no significa que se prescindiera del carácter externo del mismo, pero sí de las estructuras espontáneas de sentido (la experiencia vivida de los agentes, el orden cronológico de causas y consecuencias, la continuidad) que rigen su aparición y que tienden a imponerse como estructuras de objeto (como si el objeto se explicase a sí mismo). Hay pues que mantener una actitud ambigua frente a la experiencia: pues por un lado, cabe tenerla en consideración, ya que sin ella no hay materia de conocimiento, pero por otro, hay que mantener una *duda metódica* ante la experiencia entendida como *explicitación de lo vivido*, esto es como discurso que desconoce el carácter de situación impuesta (objetivamente estructurada) desde el cual se elabora la propia vivencia individual (Pinto et al., 1993). En pocas palabras, el orden del aparecer es parte de lo que debe ser explicado.

#### **4. La rareza de los enunciados, los regímenes de verdad y la discontinuidad**

Como hemos visto, las problematizaciones eran las condiciones de emergencia del pensamiento, el modo como se forman y elaboran las dificultades del presente, y ello alteraba el efecto mismo de causalidad, al menos hasta el punto de plantear una relación compleja entre los datos y las matrices teóricas. Pues bien, en este epígrafe plantearemos que la problematización también alcanza la unidad básica del análisis foucaultiano que es el enunciado. La pertinencia del estudio de los enunciados proviene en gran medida de la anulación sistemática de las unidades dadas por la historiografía tradicional, tal y como hemos visto, lo que permite “restituir al enunciado su singularidad de acontecimiento, y mostrar que la discontinuidad no es tan sólo uno de esos grandes accidentes que son como una falla en la geología de la historia, sino ya en el hecho simple del enunciado” (Foucault, 1969: 24). Para comenzar, el enunciado no es la representación de un objeto preexistente, eso no existe para Foucault: si el enunciado tiene un objeto, es un objeto discursivo específico de él, no es isomorfo con el objeto visible. Por enunciado, en cambio, es necesario entender la modalidad de existencia de un conjunto de signos, modalidad que le posibilita ser algo más que un simple conjunto de marcas materiales. Establece la posibilidad de referirse a objetos y a sujetos, entrar en relación con otras formulaciones y ser repetible. Como proposición o frase considerada desde el punto de vista de sus condiciones de existencia, el enunciado es siempre un acontecimiento, se formula en condiciones espacio-temporales precisas y en este sentido posee una existencia material<sup>17</sup>. De este modo, en su discusión sobre cómo los enunciados “con

---

17 Un enunciado, por ejemplo, es el que atiende a la siguiente afirmación “La infancia tiene sexualidad, es a la vez natural (somos una especie con relaciones sexuales) e innatural (no debería darse a esas edades)”.

pretensión de verdad” actúan como elementos fundacionales en la conformación de un saber<sup>18</sup>, lo cual también determina la existencia de los sujetos, le llevará a Foucault a inaugurar una auténtica innovación en el campo de las ciencias sociales y la historiografía y a cuestionar la concepción filosófica de la historia en varios aspectos.

Partiendo pues de lo más simple, veremos por un lado cómo 1) el enunciado es una pura función enunciativa que se cumple sólo en relación con otros acontecimientos adyacentes que forman parte de su campo de coexistencia y sucesión y ello nos llevará al estudio del poder. Por otro lado, comprobaremos cómo 2) la función enunciativa se ejerce en conexión con un espacio correlativo que también pretende articular las diferentes formaciones discursivas, esto es, cuando una serie de enunciados responde a las mismas reglas de constitución. En tanto que acontecimiento, 3) el enunciado se caracteriza por su rareza lo cual conlleva una serie de consecuencias significativas entre otras la irrupción de los regímenes de verdad. Y, por último, 4) como corolario quizá más conocido y en parte anunciado en lo que llevamos escrito, la irrupción de la discontinuidad.

**4.1.** Como decíamos, el enunciado es algo así como el átomo del discurso que se ejerce a través de elementos significantes efectivamente producidos, pero no coincide con ellos. Lo importante es que nos permite desvelar un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio, que han definido las condiciones de su ejercicio para una época dada, y un área social, económica, geográfica o lingüística. En este sentido, Foucault intenta llegar más allá de los contenidos y de los significados, hasta las “funciones enunciativas” que determinan lo decible y lo visible en un determinado momento histórico. Y sobre todo pretende poner en relación esas funciones enunciativas que configuran el discurso con las estructuras y las relaciones de poder subyacentes a ese discurso. Puesto que las prácticas discursivas –delimitadas por este a priori histórico– que elaboran un saber se articulan en una estrecha relación con otras prácticas no-discursivas; ello implica que el saber mismo sea un objeto que se valora, se distribuye, se desea y se dispute debido a que tiene una influencia sobre la experiencia humana, esto es, que el saber tiene efectos de poder. Por ello Foucault (1971: 15) dirá del saber que “no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha”.

---

La pregunta de Foucault al respecto consistirá en plantear por qué en un momento dado en torno a 1800 el sexo infantil aparece como un acontecimiento, con sus connotaciones añadidas en torno, por ejemplo, a la masturbación y la vigilancia, y además en diversos ámbitos como la pedagogía, la medicina. Tal enunciado no pertenece a un único autor, aunque se puede señalar una proliferación de libros, reglamentos, leyes que la comienzan a tener en cuenta. Lo mismo cabe decir respecto a otra afirmación “Todos los delitos serán castigados con penas de cárcel”, un escándalo para los legisladores de una época (finales del XVIII) para quienes era ininteligible que delitos diferentes tuvieran una penalidad idéntica, pero algo comúnmente aceptado ya a mediados del XIX y cuya tendencia se va imponiendo de manera heterogénea pero firme hasta convertirse en prácticamente la única forma de administrar las penas en las sociedades occidentales. Véase respectivamente Foucault (1976, 1975).

18 Véase Larrauri (2018), donde se aborda la influencia que tuvo en Foucault la filosofía del lenguaje inspirada en el segundo Wittgenstein, y cómo la arqueología estudia la procedencia de los enunciados, que nunca remite a una causa sino a una interacción de factores condicionantes, tratando de encontrar el lugar desde donde se establecen las reglas que configuran las prácticas discursivas.

No se trata de cualquier tipo de discurso, sino de aquellos “con pretensión de verdad” por cuanto se mantienen desde lugares específicos (el hospital, el tribunal, la consulta) y establecen posiciones del sujeto igualmente específicas (el sujeto que interroga, que mira, que examina). Cualquiera habla, pero el discurso de una autoridad no es el discurso de cualquiera simplemente por el lugar desde donde se emite. La pregunta pasa del “qué se dice” al “quién habla”, por cuanto “el ejercicio del poder crea perpetuamente saber e inversamente el saber conlleva efectos de poder” (Foucault, 1991b: 99). El análisis de los enunciados pone de manifiesto los diversos emplazamientos, estatus, posiciones que puede ocupar un sujeto cuando mantiene un discurso: es la discontinuidad de los planos en los que un sujeto habla. Así concebido, en el discurso no aparece un sujeto que piensa, conoce y lo dice, sino que el propio discurso determina la dispersión y la discontinuidad del sujeto, asignándole los lugares, estableciendo las modalidades de enunciación. El anonimato del “se dice” y del “cualquiera habla” es la respuesta contra la idea de un sujeto que se manifiesta como soberano respecto a lo que dice y a lo que piensa; pero este anonimato no hay que entenderlo como la opinión común o la representación colectiva que se impone a todo individuo, ni siquiera como una especie de ideología dominante que nos habla. Es más bien el conjunto de regularidades que definen un dominio en el que está indicado el lugar del sujeto que habla. Estamos, pues, ante una dialéctica de la dominación que supone una concepción represiva del poder de hablar: aquel que habla lo hace sobre un silencio impuesto. Más todavía, todo saber discursivo está anclado en una economía de poder, no sólo en términos de legitimación sino de posibilidad. Foucault no se detiene en el logro de una mera contextualización del saber o del señalamiento de sus presupuestos conceptuales; su empeño fundamental es la cartografía de las estructuras y de las relaciones de poder subyacentes a una determinada categoría de saber. Pues bien, los mapas que traza nuestro autor en cuanto a la articulación de las relaciones de saber y de poder definen relaciones multipuntuales: no tienen nada que ver con una idea transcendente, ni con una superestructura ideológica al modo en que lo haría Althusser; menos aún con una infraestructura económica, calificada ya en su sustancia y definida en su forma y su uso.

En suma, los discursos de saber se despliegan a través de dispositivos de poder insertos en el corpus institucional que a su vez justifican y reproducen sus prácticas. Así, por ejemplo, bajo esta relación, la prisión y el encarcelamiento como práctica social de control han sido la condición para que surjan una serie de discursos científicos: la prisión, no nació “justificada científicamente”, su “justificación” se la proporciona el mismo poder. Y a la inversa, estas constelaciones discursivas han logrado que un objeto y unas prácticas ya existentes (la cárcel, las disciplinas) ocupen en un momento dado el centro de todo el universo punitivo.

**4.2.** En segundo lugar, como indicábamos, la función enunciativa se ejerce en conexión con un espacio correlativo. Eso significa que la pregunta de la arqueo-genealogía, frente a un enunciado, será: ¿por qué este enunciado y no cualquier otro en su lugar? Y con

ello se trata de restituir al enunciado su carácter de acontecimiento. Tal es el criterio fundamental del análisis: no es tanto el de la interpretación del sentido escondido, sino la descripción del enunciado en su positividad. Es decir, no se trata de buscar un sentido del enunciado a partir del autor, la obra o la disciplina, sino más bien de hallarlo en la propia economía de los enunciados<sup>19</sup>. En efecto, el hecho de “desatar las últimas sujeciones antropológicas” que buscaban un sentido oculto en los enunciados, el de la libertad volitiva del sujeto fundador, le permite a Foucault señalar una cuestión importante en la práctica de la historiografía: el problema de la continuidad.

Al eliminar la función sintetizante del sujeto, pues en torno a él se articulan todos los presupuestos de la historiografía tradicional de la ciencia (autor, estilo, época, influencia...), se ponen entre paréntesis todas aquellas categorías o conceptos a través de los cuales se diversifica y se conserva el tema de la continuidad o por los cuales la historia de las ideas ha restringido la discontinuidad histórica<sup>20</sup>. Esta impugnación del sujeto constituyente emprendida por el análisis arqueo-genealógico se circunscribe además a un ámbito bien delimitado. Se trata de hacerlo desaparecer de la esfera que parecía constituir su último refugio, la historia de las ideas. Si en el ámbito de la sociedad se puede entender con facilidad que el sujeto se disuelve en una infinidad de procesos materiales que lo sobrepasan, ¿cómo puede aplicarse al campo del pensamiento donde el sujeto está próximo a sí mismo? Como indicábamos, las propuestas de Foucault se van a localizar en la investigación de un discurso anónimo, lo que obliga a poner entre paréntesis la validez de una serie de categorías que la historia de las ideas ha utilizado y utiliza como si se tratase de obviedades incuestionables que garantizan la continuidad del discurso y aseguran el papel fundador que respecto a él desempeña la conciencia constituyente. Se trata así de abandonar toda una serie de síntesis ya establecidas de antemano y de vicios interpretativos que tematizan la historia de modo continuo en forma de:

- *Tradicición*: pensar la historia en la forma de lo mismo;
- *Influencia*: los fenómenos que se parecen se exponen en un proceso causal;
- *Desarrollo y evolución* (educación), que logran agrupar mediante un mismo principio organizador una sucesión de acontecimientos dispersos;

---

19 Existe un eco en la práctica técnica del análisis de discurso en las ciencias sociales. En efecto, el análisis del discurso, integrado en una teoría cognitiva y social, no sólo explica los datos que se pueden observar y medir, como palabras, frases, períodos o rasgos estilísticos en términos gramaticales y estructuras de superficie, sino que ante todo presta atención a las implicaciones, presuposiciones y conexiones, a las estrategias que están implícitas en los discursos. De ahí la importancia de las estrategias de posicionamiento o la gestión de la práctica discursiva, términos que no conllevan implícitamente la unidad de discurso y sujeto. Por citar algunos ejemplos, véase la llamada Escuela Francesa de Análisis del Discurso, con Maingueneau ([1976] 1980), Pechêux (1975), Robin (1973), Verón (1987).

20 En efecto, para Foucault había que evitar la noción de sujeto de conocimiento por cuanto este mismo sostiene una actividad constituyente, un origen o una actividad histórico-trascendental. Tales han sido las nociones unificadoras de la originaria discontinuidad del discurso.

- *Mentalidad o espíritu*, que proporcionan una comunidad de sentido a una serie de fenómenos simultáneos o sucesivos y hacen aparecer una especie de conciencia colectiva.

Asimismo, cabe desconfiar de las unidades espontáneas con las que los documentos acceden hasta nosotros. No hay que aceptar como lo más natural las divisiones en géneros, en disciplinas, menos aun cuando se trata de discursos de otra época.

Por tanto, como decíamos, la primera tarea de la arqueogenealogía es negativa: desprenderse de aquellas categorías tradicionales con las que la historia de las ideas describe lo que ha sido dicho. Aparece así un espacio de análisis constituido por todos los enunciados efectivamente dichos o escritos, en su dispersión de acontecimientos y en su singularidad, sin tener que remitirlos a una instancia fundadora, sino sólo a otros enunciados, para mostrar sus correlaciones, sus exclusiones, etc., generando así diferentes “dominios discursivos” (Foucault, 1969: 43). Bajo esta complejidad variable de dominios discursivos y reglas de formación no existe, para Foucault, una relación de reflejo o vertical entre los niveles del discurso y de los acontecimientos materiales, como había supuesto el materialismo dialéctico.

Con ello, la polémica no se limita a la ya vista con la historia convencional de las ideas y de la ciencia. Un sector importante de la izquierda consideró la obra de Foucault plenamente inserta en el conjunto del análisis estructuralista y cuyo objetivo era perturbar la explicación propia del materialismo histórico —centrada en el sujeto (colectivo) y su interacción dialéctica con las condiciones materiales—, descalificar la dialéctica marxista y legitimar un orden tecnocrático y antihumanista. ¿Era esta la intención de Foucault? Se debe afirmar más bien todo lo contrario, pues su intención subraya de entrada una circunstancia: que los conceptos y procedimientos de la historiografía del momento, sobre todo la historia social de los *Annales* y la historia de las ciencias al estilo de Serres, Canguilhem o Bachelard, contradicen la concepción filosófica de la Historia y cuyo efecto había sido el humanismo, al menos en tres aspectos:

- a. Se cuestiona que la historia se identifique con un relato lineal del acontecimiento y se obliga a su pérdida en forma de narración. El espacio de la historiografía es más bien el de la simultaneidad tanto como el de la diacronía, por eso puede demarcarse de una intención puramente hermenéutico-ideográfica, incorporando los modelos y conceptos abstractos de otras ciencias sociales a su análisis de las formaciones discursivas.
- b. Se cuestiona la primacía de los episodios políticos y el papel protagonista del individuo en el proceso histórico. No se trata de sustituir la preeminencia de lo político por una determinación causal de la infraestructura económica, sino que se fragmentan niveles múltiples de determinaciones cuyas correlaciones particulares no obedecen a una jerarquía preestablecida. Además, en tanto que efecto simbólico de la mediación teórica, aparecen nuevos objetos, como hemos visto en el

caso de las subjetividades, pero también de las prácticas (jurídicas, médicas, carcelarias).

- c. El individuo ya no se considera un fundamento, en forma de genio o héroe, sino como una función derivada. No se trata de leer los documentos descifrando las intenciones y propósitos de sus autores, más bien se reparten en series, se fijan sus regularidades sin pasar por la figura del sujeto. Ello supone una crítica profunda del humanismo en tanto que discurso filosófico predominante en la época y cuyos postulados habían servido de trama para diversos procesos históricos y políticos<sup>21</sup>.

**4.3.** Al fijarse en aquellos enunciados con pretensión de verdad, los “actos de habla serios”, Foucault descubre en ellos una nueva característica: su rareza. Estos enunciados, a diferencia de una proposición, una frase o un acto de habla cualquiera, tienen un valor determinado y la relación que tenemos con ellos es diferente. Son cosas que “se transmiten, se conservan, que tienen un valor y que tratamos de apropiarnos [...] cosas que desdoblamos, no sólo por medio de la copia o la traducción, sino por la exégesis, el comentario y la proliferación interna del sentido” (Foucault, 1969: 203). Ni una proposición, ni una frase ni un acto de habla cotidiano tienen esta condición, esta rareza propia del enunciado es lo que genera el interés del filósofo por su análisis. La rareza de los enunciados se debe en gran medida al hecho de que su propia existencia niega la posibilidad de otros, contradice o reprime otros enunciados, de suerte que cada enunciado en cierto modo se ve engrosado con todo lo que no dice, con un contenido virtual o latente que multiplica su sentido y que se presta a la interpretación, formando un “discurso oculto”. Los enunciados, más bien, son inseparables de un espacio de rareza en el que se distribuyen según un principio de frugalidad o incluso de déficit. En el campo de los enunciados no existe lo posible ni lo virtual; todo es real, toda realidad es en él manifiesta: sólo cuenta lo que ha sido formulado<sup>22</sup>.

El hecho de considerar el enunciado como un producto, un objeto como tantos otros, supone aceptar la escasez de los enunciados, de estos objetos. Y con ello aparece su “valor”, el cual no reside en la verdad que pueda encerrar o en el espíritu que pueda traducir, sino en el lugar que ocupa, las funciones que cumple, la economía de sus elementos.

[el enunciado ...] aparece como un bien finito, limitado, deseable, útil, que tiene sus reglas de aparición, pero también sus condiciones de apropiación y de empleo; un bien que plantea, por consiguiente, desde su existencia (y no simplemente en sus «aplicaciones

21 Así lo afirmaba en alguna de sus entrevistas, “todos los regímenes del Este o del Oeste hacen contrabando con sus malas mercancías bajo la bandera del humanismo”. (Foucault, 1991a: 35).

22 En los capítulos 3 y 4 de *La arqueología del saber* Foucault muestra que las contradicciones de enunciados sólo existen gracias a una distancia positiva medible en el espacio de rareza, y que las comparaciones de enunciados están relacionadas con una diagonal que permite confrontar directamente, en ese espacio, un mismo conjunto a diferentes niveles, pero también elegir directamente en un mismo nivel ciertos conjuntos sin tener en cuenta otros que, sin embargo, forman parte de él.

prácticas») la cuestión del poder; un bien que es, por naturaleza, el objeto de una lucha y de una lucha política. (Foucault, 1969: 204).

Para dar cuenta de esa rareza y tratar ese stock de enunciados, Foucault anticipa una metodología deliberadamente incompleta y no sistémica<sup>23</sup> como único modo de abordar la problematicidad de la verdad de los enunciados, entendida esta no como un atributo del discurso que sostiene una correlación entre los enunciados con pretensión de verdad y la realidad. Por el contrario, la metodología incide más bien en interrogar sobre las posibilidades de constitución de dicha verdad, esto es, de la generación de los regímenes de verdad. Veamos esto con más detenimiento.

En principio, la verdad de los enunciados para Foucault se entiende en dos niveles: por un lado, la producción de determinados mecanismos que sirven para poner en práctica esos enunciados; y por otro lado, el efecto político que involucra la correspondencia, aceptación o validez de tal o cual enunciado. Es decir, la verdad está ligada a los sistemas de poder que la producen y la sostienen, y a efectos de poder que ella induce y reproduce; todo esto constituye el régimen de verdad. Debido a ello, para Foucault, la verdad no puede ser analizada por una disciplina tal como la dialéctica o la semántica, simplemente porque la verdad no reside en el mismo nivel que la lógica o los significados, sino que más bien se remite a un análisis de las relaciones de poder. Entenderíamos así la verdad como “el conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso, y se ligan a lo verdadero efectos políticos de poder”. En el seminario del 14 de enero de 1976, inserto en el curso “Hay que defender la sociedad” (1975-76), escribe que, en toda sociedad,

Las relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social; y estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del discurso. No hay ejercicio de poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcionan en, y a partir de esta pareja. Estamos sometidos a la producción de la verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad (Foucault, 1979: 140)

Pues bien, consideramos que la implementación a través de la performatividad de tales análisis arqueo-genealógico, por cuanto se abren a una epistemología plural, evitan los mecanismos causales unitarios, y consideran los enunciados como acontecimiento material insertos en regímenes de verdad, han supuesto una transformación radical en las prácticas actuales de indagación social e historiográfica y por ende, han implicado la generación de una dimensión política en su propia práctica.

---

23 Así lo afirma Larrauri (2018), para lo que acuña un término aplicado al método foucaultiano, anarqueología, entendido como un cierto anarquismo metodológico que combina las reglas de un proceder analítico (siguiendo a Canguilhem) y las de un diagnóstico (debido a la influencia de Nietzsche). La anarqueología quiere hacer de su análisis no un remedio normativo sino una caja de herramientas para construir subjetividades alternativas.

**4.4.** Eliminada la “sujeción antropológica”, este espacio de análisis constituido por todos los enunciados efectivamente dichos o escritos, en su dispersión de acontecimientos y en su singularidad, Foucault inscribe el carácter de discontinuidad como herramienta a la vez que consecución del análisis arqueo-genealógico. No es el primero en realizarlo, la “epistemología histórica” francesa de la que se nutre había criticado una visión continuista, acumulativa y progresiva del desarrollo científico. Centrada en un sujeto creador, propiciaba una historia de la ciencia asentada en la aportación de los precursores del conocimiento y del progreso científico. Frente a la fundamentación absoluta de la razón y de su portador, el sujeto, que no permitían otra explicación de la historia de la ciencia que una linealidad acumulativa, la renovación crítica de esta metodología permitió comprender más adecuadamente las condiciones reales de posibilidad del cambio científico, de la irrupción de los acontecimientos y de la misma discontinuidad que se observaba en dicha historia.

Esta modificación impulsada por Canguilhem y Koyré sería fundamental en la formación del método historiográfico de Foucault. Centrado en las leyes de creación de las formaciones discursivas, no se trata para dicho método de recurrir a un sujeto único (la conciencia, la razón, la humanidad) como soporte de una historia continua en la que el pasado encuentra su verdad en el presente, y en la que este, en forma de promesa, anticipa un futuro más pleno. Más bien es todo lo contrario, se trata de multiplicar las rupturas, evitar las miradas retrospectivas gratuitas, los anacronismos incontrolados y renunciar a la plenitud del sentido, y con ello desaprender la cultura historicista dominante. Por ejemplo, el tratamiento que Foucault otorga al Renacimiento en la *Historia de la locura* y en *Las palabras y las cosas*, considerado dentro de una episteme discontinua respecto al medievo pero también a la época clásica, aúna la reconstrucción histórica con la interpretación de los mitos, ritos y símbolos de la época, ahondando en materiales de interpretación muy distintos. A veces son datos históricos, a veces fuentes artísticas, textos literarios. Uno de los más importantes representantes de la historia de las mentalidades, Jacques Le Goff, subrayó el interés de este tipo de fuentes para el análisis historiográfico.

La noción de discontinuidad, según Foucault, tiene tres funciones: 1) constituye una operación deliberada del historiador (quien debe distinguir niveles, los métodos adecuados a cada uno, sus periodizaciones); 2) es también el resultado de la descripción misma; 3) se trata de un concepto que no cesa de precisarse (adopta nuevas formas y funciones específicas de acuerdo con los niveles que se le asignan). Es pues una noción paradójica, por cuanto supone a la vez instrumento y objeto de investigación “ya que delimita el campo cuyo efecto es; ya que permite individualizar los dominios, pero que no se la puede establecer sino por la comparación de estos” (Foucault, 1969: 10). A decir verdad, sólo es paradójica en relación con el hábito de los historiadores, preocupados por las continuidades, los tránsitos, las anticipaciones, los esbozos previos. Es más, si existe una paradoja de la arqueología no es la de que multiplicaría las diferencias, sino

la de que se niega a reducir las a un esquema sintetizante o a una historia global unificadora. Para la historia de las ideas, la diferencia es un error, lo que se busca es la historia de lo mismo en su despliegue autoreferencial a lo largo del tiempo (siempre ha habido locura, Estado, medicina); la arqueología, en cambio, toma por objeto de su descripción aquello que habitualmente se considera obstáculo para la continuidad: no tiene como proyecto el superar las diferencias, sino analizarlas, decir en qué consisten precisamente, y diferenciarlas (Foucault, 1969: 140).

Por último, la arqueología desarticula la sincronía de los cortes, del mismo modo que separa la unidad abstracta del cambio y del acontecimiento. Como no hay un motor fundamental que unifique la multiplicidad de fuerzas en la que se construye una realidad contingente, la arqueo-genealogía entiende la realidad como el constructor de una multiplicidad de fuerzas dispersa, discontinua y no sincronizada. La "época" no es ni su unidad de base, ni su horizonte, ni su objeto: si habla de ella, es siempre a propósito de prácticas discursivas determinadas y como resultado de sus análisis. La sincronización viene realizada a efectos explicativos inmanentes por parte del historiador. Así, por ejemplo, en la historia de la medicina Foucault no sólo rechaza la idea trascendente de un progreso científico en sus concepciones y tratamientos, sino que considera que, en un cuarto de siglo, de 1790 a 1815, el discurso médico se modificó más que desde la Edad Media, y quizás incluso desde la medicina griega, agregando incluso un vocabulario de descripción casi enteramente nuevo y un tipo de mirada que constituye la clínica (Foucault, 1963). De ahí que en la *Historia de la locura* el vector que explica la discontinuidad de su concepción, es decir el paso de la locura como sinrazón a la locura como enfermedad, no provenga tanto de un vector general como la irrupción del capitalismo industrial, sino más bien la modesta transformación de la práctica médica y la aparición de la clínica. El mismo efecto de corte en la economía de poder burgués tiene el *panoptismo*, por cuanto constituye una pura función disciplinar que atraviesa diversas formas y se aplica a diferentes instancias. Anulada la continuidad acumulativa y evolutiva de la historia de las ideas, eliminado el pensamiento trascendental en la historiografía, no hay en definitiva un vector de progreso en la historiografía foucaultiana que privilegie al presente. Paul Veyne (1972) ha visto en su método arqueológico "el fin de la historia", en el sentido de liberar la historia de la carga del pasado, de manera que la historia no sería ese proceso coherente, tranquilizador, objetivo de hechos que transitan pacíficamente desde un punto inicial y según una línea coherente y progresiva que culmina en un *telos*. Quizá en esa provocadora respuesta de Foucault al malestar en la cultura de su tiempo no hay un mero fondo nihilista, y cabe admitir más bien que su arqueo-genealogía ha logrado desembocar en la ontología crítica del presente, lo cual constituye una herramienta teórica de primer orden cuando se quiere pensar cómo debe escribirse hoy la historia.

## 5. Referencias bibliográficas

- Bourdieu, Pierre (1999). *Cuestiones de sociología*. Istmo.
- Deleuze, Gilles (1987). *Foucault*. Paidós.
- Eribon, Didier (2006). *Michel Foucault*. Anagrama.
- Foucault, Michel [1963] (1966). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI.
- Foucault, Michel [1966] (1968). *Las palabras y las cosas*. Una arqueología de las Ciencias Humanas. Siglo XXI.
- Foucault, Michel [1969] (1988). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Foucault, Michel [1971] (2008). *El orden del discurso*. Tusquets.
- Foucault, Michel [1975] (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión moderna*. Siglo XXI.
- Foucault, Michel [1976] (1987). *Historia de la sexualidad. Volumen I*. Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1979). *Microfísica del poder*. La Piqueta.
- Foucault, Michel (1980). *L'impossible prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIXe siècle réunis par Michelle Perrot*. Seuil.
- Foucault, Michel (1991a). *Saber y verdad*. La Piqueta.
- Foucault, Michel (1991b). *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa.
- Foucault, Michel (1995). *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial.
- Foucault, Michel (2003). *Sobre la Ilustración*. Tecnos.
- Foucault, Michel (2010). *Qué es un autor*. Ediciones Literales.
- Koselleck, Reinhart (2013). *Esbozos teóricos, ¿sigue teniendo utilidad la historia?*. Escolar y Mayo.
- Larrauri, Maite (2018). *Anarqueología. Foucault y la verdad como campo de batalla*. Enclave.
- Maingueneau, Dominique [1976] (1980). *Introducción a los métodos del análisis del discurso*. Hachette.
- Morey, Miguel (1983). *Lectura de Foucault*. Taurus.
- Passeron, Jean-Claude (1991). *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*. Nathan.
- Pechêux, Michel (1975). *Les vérités de La Palice*. Máspero.
- Pinto, Louis; Patrick Champagne, Remi Lenoir y Dominique Merllié (1993). *Iniciación a la práctica sociológica*. Siglo XXI.
- Revel, Jacqueline (2009). *Diccionario Foucault*. Nueva Visión.
- Robin, Régine (1973). *Histoire et linguistique*. Armand Colin.

Ruano de la Fuente, Yolanda (1992). *Proceso de racionalización y "ethos" capitalista. Interpretación weberiana de la modernidad*. Tesis doctoral. Departamento de Filosofía IV de la Universidad Complutense de Madrid, ([enlace](#)).

Rusche, George y Otto Kirchheimer [1939] (1984). *Pena y estructura social*. Editorial Temis.

Vazquez García (1987). *Foucault y los historiadores. Análisis de una coexistencia intelectual*. Universidad de Cádiz.

Vázquez García (2021). *Cómo hacer cosas con Foucault. Instrucciones de uso*. Dado Ediciones.

Vazquez Garcia, Francisco (2022). Excelencias del Pluralismo metodológico. Sobre mi manera de usar a Foucault. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 22(2), r2202.

Verón, Eliseo (1987). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa.

Weber, Max [1904] (2017). *La objetividad del conocimiento en la ciencia social y en la política social*. Alianza Editorial.

Weber, Max [1906] (2006). Estudios críticos sobre la lógica de las ciencias de la cultura. En M. Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica* (pp. 110-187). Amorrortu.

White, Hayden (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica.